

crificándolo todo por llevarla á los labios, y seréis felices; que la mujer que á la hermosura reúne el recto criterio, la sensatez, la bondad y la modestia, es el ser más adorable y más admirado.



- ¡Valor! - añadió haciendo un esfuerzo y levantándose á abrir la puerta

QUIEN SIEMBRA, COGE

I

Era una espléndida mañana del mes de mayo, de serena atmósfera, de embriagador ambiente, de radiante cielo y vivificante sol. En tan encantadora mañana y en el frondoso jardín de un suntuoso palacio de la calle de Fuencarral vamos á encontrar, entre las variadas y preciosas flores que el jardín embellecían, una mil veces más linda, aún más deliciosa, de más puros colores y delicado aroma; era una preciosa niña de trece años que sola y alegre corría de calle en calle co-

giendo aquí una flor, rozando allí otra con sus labios de grana y lanzando exclamaciones de asombro ante las más bellas sin atreverse á tocarlas, contentándose con mirarlas extasiada uniendo sus blancas manos en señal de admiración, lo que probaba que su alma delicada tenía ya en tan tierna edad la conciencia de lo bello y sabía admirar las sublimes obras del gran Autor de la creación.

Aquella niña era el tipo más hechicero que la imaginación puede figurarse: alta y bien formada, aunque en proporción á su edad; de blanca y rosada tez, de ancha y serena frente; de ojos de cielo, dulces y expresivos; de boca de grana, juguetona y sonriente, á menudo entreabierta por alegre risa; de redonda partida barba, esbelto talle, aire elegante y bondadosa expresión, parecía uno de los divinos ángeles que rodean el trono del Señor, de su celeste lugar desprendido y transportado á este mundo de miserias para hacer el bien y repartir sus gracias. Colocada como estaba en un cuadro de las flores más raras y seductoras, no las flores atraían como un imán la mirada, sino la rubia niña de celestial sonrisa.

Tras de un instante de profundo éxtasis y muda contemplación, corrió de nuevo por el jardín cantando alegremente y buscando más flores con que aumentar su ramo; pero de pronto la voz se ahogó en su garganta, su mirada se fijó en la verja que el jardín circula y extraña sombra de pesar cubrió su gracioso rostro. ¿Qué miraba que su ánimo entristecía? Al otro lado de

la verja apareció un muchacho que podría tener quince años, pálido, demacrado y débil, que andaba con trabajo, como si las fuerzas le faltaran, y cuyo bello aunque descompuesto semblante mostraba las huellas de la miseria, tanto como toda su persona respiraba distinción y finura.

La niña sintió oprimirse su corazón á la vista de aquella melancólica figura, y su mirada lo siguió con insistencia, dudando lo que debería hacer; vaciló un momento, y obedeciendo al fin al generoso impulso de su corazón, se lanzó á la verja; pero el muchacho había ya pasado, y aunque lo llamó en voz alta, dobló la esquina inmediata sin oírla.

Nublóse la blanca frente de la dulce niña, se humedecieron sus ojos, se inclinó su cabeza y reflejó su rostro la más triste preocupación.

— ¡Pobre niño! — murmuró. — He llegado tarde y acaso no coma hoy. Todo en él revelaba la miseria más horrible. ¿Cómo hacer para encontrarle?

Su fisonomía había tomado una expresión de gravedad que parecía imposible en ella un instante antes. Meditó profundamente, y no encontrando sin duda el medio que buscaba, añadió:

— ¡Bah! Tal vez lo encuentre cuando menos lo piense y entonces lo socorreré.

Tranquila con esta idea, volvió la sonrisa á sus labios y la animación á su rostro, como rayo de sol que rompe los celajes un instante interceptores de su disco refulgente; y variando de tono con la volubilidad

propia de la infancia, volvió á cantar gozosa y se alejó ligera hasta perderse en el umbral de su elegante morada.

Breves momentos después volvía á salir con un libro de misa en la mano y acompañada por una joven inglesa encargada de su educación; atravesaron el jardín y la puerta de la verja, abierta por un criado, y una vez en la calle, tomaron la dirección de la iglesia de San Ildefonso.

En dicha iglesia oyeron ambas misa con la mayor devoción. Quizá la angelical niña rogara á Dios por el infeliz que en tan alto grado había excitado su compasión, sin sospechar que al salir la aguardaba una grata sorpresa, tal vez preparada por el Dios á quien imploraba, para que ejercitara sus buenos sentimientos.

A la salida levantó la niña con la mayor cortesía la cortina de la puerta para que pasara su institutriz, al par que buscaba con la mirada á los pobres que socorría diariamente, y una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios, que se entreabrieron con sonrisa de satisfacción: acababa de ver al pálido muchacho en la puerta exterior, con la gorra en la mano en actitud de pedir, pero sin pronunciar una palabra: sin duda pensaba que su rostro expresaba más que cuanto pudiera él decir.

La niña dió su acostumbrada limosna á cada pobre y al llegar al muchacho se paró frente á él; las hermosas pupilas de ambos se encontraron: las unas imploraban,

las otras ofrecían; contempló un instante aquel enflaquecido rostro que tan bellos rasgos conservaba, y depositó en la blanca mano que el chico alargaba cuanto dinero quedaba en su bolsillo. El agraciado lanzó un grito de alegría al ver brillar la plata en su mano, y besando las monedas con transporte, exclamó con acento conmovido y armoniosa voz:

— Dios os bendiga, señorita.

Siguió la niña su camino hondamente impresionada y sin poder apartar de su pensamiento la imagen de aquel infeliz.

Al día siguiente se repitió la misma escena, y durante una semana el bello ángel socorrió á su protegido sin que entre ellos se cruzaran más palabras que las de ardiente gratitud del pobre chico. Todos los días se decía la niña al entrar:

— Hoy he de averiguar quién es, cómo se llama, si tiene familia y qué podemos hacer por él. ¡Oh!, sí, porque este desgraciado no es un mendigo de oficio; se le ve sufrir al extender su mano.

Pero cuando se encontraba enfrente de él, la mirada agradecida de aquellos negros ojos la turbaba, su simpática voz la conmovía, y se iba sin preguntar nada. Al fin un día fué el muchacho el que rompió el hielo.

— Señorita—le dijo,— es usted el ángel de mi familia é imploro de su bondad un favor.

— ¿Cuál?

— Que me diga su nombre para bendecirlo á todas horas.

La joven institutriz se apresuró á decir:

— Se llama la vizconde...

— No— interrumpió la niña con viveza. — Laura de Carvajal es mi nombre; llamadme así, amigo mío.

— ¡Oh! Gracias, gracias, señorita— exclamó el chico.

— Mi corazón guardará ese nombre eternamente y mis labios lo bendecirán toda la vida.

— ¿Y tú cómo te llamas?— preguntó la niña. — ¿Tienes padres ó eres huérfano?

— Tengo padres que eran ricos propietarios de la Mancha; vivíamos en la abundancia; pero un cúmulo de inesperadas desgracias nos ha traído á esta situación; el pesar ha agotado la salud de mi padre, mi madre le asiste sin fuerzas para nada, y yo que he reunido la energía de todos, no encontrando trabajo, salgo á buscar pan para mis padres cumpliendo un deber tan doloroso como sagrado.

— ¡Qué desgracia tan horrible!— murmuró Laura con los ojos humedecidos. — ¡Pronto, pobre niño, tu nombre y las señas de tu casa!

— Miguel Núñez. Vivimos en la calle del Barco, número..., buhardilla número 1.

— No lo olvidaré. Adiós, Miguel, hasta muy pronto.

— ¡Oh, señorita, presiento que va usted á ser el ángel salvador de mi familia!

— Lo procuraré al menos.

La niña dejó á Miguel confundiéndose en protestas de agradecimiento, y cuando estuvieron en la calle la preguntó su aya:

— ¿Por qué me has interrumpido al expresar tu título?

— ¡Ah, señora!— repuso Laura, — me parece propio del necio orgullo hacer alarde de grandeza y pomposos títulos delante de la desgracia. Instintivamente le he dado mi nombre, y si ese pobre niño me bendice, quiero mejor que bendiga á Laura que á la vizcondesa de Malvar.

— Es un sentimiento delicado que no puedo menos de aplaudirte. Los títulos de grandeza deben brillar en el mundo de la opulencia; ante la desgracia es más humilde el cristiano nombre que se recibió en la pila. ¡Bien, hija mía, tu buen instinto adivina antes de enseñarte!

En la tarde de aquel día un lujoso coche se paraba en la calle del Barco y de él bajaban nuestra linda niña y una elegante señora de pelo gris, distinguido porte y regular edad. Era la madre de Laura, la condesa de Malvar. Como hija única, Laura era el ídolo de sus padres, y apenas enteró á su madre de la historia de su protegido, ésta se apresuró á complacerla al par que cumplía los deseos de su corazón yendo á socorrer á aquellos desgraciados.

En la triste buhardilla que servía de albergue á la pobre familia, se veía al padre de Miguel devorado en mísero lecho por la ardiente fiebre que minaba lentamente su existencia. Su esposa, sentada á su lado, lo contemplaba con dolor, y Miguel se paseaba con nerviosa viveza tratando de ocultar su pena y ahogando en su garganta los sollozos.

— Miguel, hijo mío — decía la madre, — si no fuera por ti, ya no existiríamos; yo no tengo fuerzas ni aun para implorar una limosna. Mi débil naturaleza se dobla ante los rudos golpes del infortunio y no puedo defenderos ni luchar con la desgracia. Por ti tenemos pan, gracias á ti vivimos.

— No — repuso el niño con presteza, — gracias á mí no; gracias á un ángel que sin duda ha hecho Dios descender del cielo para socorrernos, y que, si no me engaño, nos ha de salvar de la miseria.

— Tales son sus intenciones, á pesar de que ese ángel no tiene nada de divino — exclamó Laura presentándose de repente, seguida de su madre.

Miguel lanzó una exclamación de alegría y añadió en seguida, dirigiéndose á su madre:

— He aquí el ángel que yo esperaba; ángel es por todos estilos, y ya podemos tener esperanza, que viene á cumplir su misión sublime.

La infeliz señora, no siendo dueña de contener los impulsos de su corazón, estrechó á la noble niña entre sus brazos con ardientes transportes de ternura y cubrió de besos y de lágrimas su hechicero rostro.

El enfermo se animó, y tuvo lugar una ternísima escena entre aquellos tres desdichados seres y sus generosas protectoras. Pasados los primeros momentos de emoción, las enteraron de los tristes sucesos que los habían llevado á aquella situación, cuyo sencillo relato haremos en dos palabras.

Como su hijo había dicho, era Núñez un propieta-

rio de la Mancha de bastante regular fortuna; repetidos malos años en las cosechas le hicieron perder considerables cantidades. A esta contrariedad siguió la de un pleito que hubo de sostener contra un pariente ambicioso que reclamaba sus mejores posesiones. Según la opinión general, el tal pariente no tenía ningún derecho á lo que solicitaba por haberlo Núñez heredado legítimamente; pero sacó documentos antiguos, y como era muy rico, ganó el pleito después de algunos años en que ambos gastaron una fortuna.

El desgraciado padre tuvo que reducirse con su mujer y su hijo á vivir muy modestamente con lo poco que le restaba de su capital; pero estaba escrito que habían de llegar á carecer de todo, y lo que ha de ser es sin remedio.

Antes de perder su largo pleito, y cuando no creía posible que esto sucediera, había sacado Núñez de un grave compromiso á un amigo íntimo á quien quería como á un hermano, respondiendo por él con sus bienes. Murió después su amigo sin pagar, y el desventurado se vió obligado á vender lo que le restaba para pagar la crecida suma que se había obligado á satisfacer. ¿Qué más hemos de decir? Agobiado ya por su mala suerte, se trasladó á Madrid con su familia á fin de buscar una colocación, fiado en sus buenas relaciones. En la corte obtuvo muchas esperanzas y ninguna realidad, gastó cuanto le quedaba de su pasada prosperidad, perdió la salud y llegó al extremo de la más horrible miseria.

La condesa oyó vivamente impresionada la triste historia, y al marcharse dijo con acento conmovido:

— Juro á ustedes hacer cuanto pueda por proporcionarle un destino que baste á satisfacer sus necesidades.

— Sí — exclamó la niña, — papá es amigo de un ministro y yo no lo dejaré parar hasta que obtenga un buen empleo para usted. ¡Ea, Miguel, enjuga tus ojos y alégrate, que pronto saldrás de esta angustiosa situación!

— Mi querida niña, ¿cuando podré yo pagar los beneficios que recibo de esta mano encantadora?

Al hablar así había caído de rodillas ante su ángel bueno y besaba electrizado sus manos.

— Desde ahora mismo puedes empezar á pagarlos — repuso la niña riendo.

— ¿Y cómo?

— Queriéndome mucho.

— Más que lo hago no puede ser.

— Pues bien, así, que yo también te quiero de veras.

La condesa interrumpió el infantil entusiasmo de los dos niños porque era tarde, y salió dejando una onza sobre la mesa y seguida de las bendiciones de aquellos tres agradecidos corazones.

Al día siguiente un médico se presentó en la buhardilla, de orden de la condesa, y desde aquel momento asistió con el mayor esmero al enfermo, que fué recobrando poco á poco las fuerzas y la salud merced á sus cuidados y aun más á la esperanza que animaba su espíritu y le daba nueva vida.

Entretanto Laura y su madre no se descuidaban.

Cumpliendo pronto y bien su promesa, de la buhardilla de sus protegidos se fueron directamente á su casa y al despacho del conde, donde éste se encontraba trabajando.

Le contaron con vivos colores lo sucedido, le hicieron la descripción de sus protegidos, y con tal elocuencia le pidieron su apoyo y protección, que lograron interesarle y obtuvieron la promesa de que hablaría con gran interés al ministro, su amigo, para que colocara al desgraciado padre.

Desde aquel día no pasó uno solo sin que la noble familia hablara de sus protegidos.

— ¿Cómo va nuestro asunto? — preguntaba Laura todos los días á su padre cuando estaban en la mesa.

— Nada sé de nuevo. Hablé al ministro con gran empeño, me ofreció colocarlo á la primera ocasión y aún no ha resultado nada.

— ¡Por Dios, no le dejes de la mano, recuérdaselo á menudo, que esós señores tienen poca memoria por sus muchos negocios; que vea en ti verdadero interés y lo conseguiremos!

Esta conversación se repetía diariamente. Si el conde quería besar la blanca frente de su hija, la niña huía ligera, diciendo con alegre risa:

— No; cuando me entregues la credencial de Núñez te los daré todos juntos.

Si le pedía que le hiciera oír una de las piezas nue-

vas que tan magistralmente tocaba al piano, respondía Laura:

— La guardo para el día que podamos decir á nuestros protegidos que ya no necesitan el óbolo de la caridad.

De esta manera hacía la angelical niña que el recuerdo fuera constante. Al fin, tantos amenes llegaron al cielo y el conde recibió la anhelada credencial colocando á Núñez con diez mil reales en Mallorca; el punto no hacía al caso, lo importante era que tuviera destino, y la condesa y su hija, llenas de satisfacción, fueron á llevar el precioso documento al interesado. El aspecto de la pobre familia había variado por completo. El padre estaba ya fuerte y bueno, la madre sonreía llena de esperanza, y Miguel rebosaba de satisfacción porque desde la visita de la condesa no les había faltado nada. Hasta ropas habían recibido de su bondadosa bienhechora.

Renunciamos á describir la escena que tuvo allí lugar al recibir aquel padre desgraciado el mayor de los beneficios que podía desear. Las lágrimas de la más pura gratitud corrieron mezcladas con mil protestas de eterno agradecimiento y con las bendiciones más calurosas.

La madre y la hija salieron de allí llorando también: la felicidad de sus protegidos las conmovía.

Cuatro días después iban los padres y el hijo remozados y alegres á despedirse de sus salvadores. Partían aquel día de la corte para su nuevo destino.

— Señor conde — dijo á éste el agradecido padre, — usted goza de todos los esplendores de la fortuna y yo nada soy ni valgo; pero si un día necesita usted un hombre que haga á usted el sacrificio de su vida, de su dicha, hasta de su honra, me bastará la más leve indicación para arrojarme al fuego por usted, si es preciso. Disponga usted siempre como guste de mi persona, de mis bienes, hasta de los seres queridos de mi alma. Todo es de usted.

— Gracias, Sr. de Núñez, sólo deseo que cumpla usted tan bien como espero, y que le vaya á usted perfectamente en su nueva vida.

— Antes de partir imploro una gracia de mi ángel bueno — decía entretanto Miguel á la rubia niña.

— ¿Y es?

— Que no me olvide nunca.

— Jamás. Por muchos años que tardemos en volver á vernos, tu recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

— ¡Oh! ¡Gracias, gracias! Esa idea hará agradable mi vida.

Y la madre estrechaba las manos de la condesa murmurando:

— Nuestra gratitud será eterna y á Dios rogaré constantemente por la vida de esta noble niña á quien todo se lo debemos. Sin ella hubiéramos muerto en la miseria.

Los abrazos se multiplicaron y las lágrimas de unos y otros corrieron confundidas al despedirse.

— Adiós nó, hasta la vista — decía aún Miguel bajando la escalera. — No me olvides.

— Nunca, nunca — repitió Laura.

Luego se dejó caer en una butaca y las lágrimas inundaron su rostro.

— ¿Por qué lloras así, hija mía? — le preguntó su madre.

— No lo sé. Me parece que con Miguel se ha ido algo de mí misma. Le quiero como á un hermano.

II

Diez años transcurrieron después de los acontecimientos que acabamos de narrar, y tras tan larga fecha volvemos á encontrar á nuestra angelical amiga aún más bella que antes, porque la crisálida había pasado á mariposa, la niña á mujer, ganando mucho en encantos; tan buena como siempre, como siempre modelo en todo; pero ¡ay!, no tan feliz cual era.

La ruda mano del infortunio, que á todos toca alguna vez, se había posado sobre ella con tenaz ahinco.

Un refrán tan vulgar como verdadero dice que «castillos muy altos vienen al suelo de un solo soplo.» Y de un soplo había venido al suelo, en efecto, la opulencia de los condes de Malvar. De su fortuna no quedaba nada; de la envidiable dicha que disfrutaban, sólo el desgarrador recuerdo que las desgraciadas mujeres guardaban en su angustiado pecho. ¿Cómo sucedió tan horrible catástrofe? Vamos á decirlo.

El conde de Malvar, tan bueno, tan irreprochable, tan cariñoso padre y buen esposo, tenía una debilidad á la que lo sacrificaba todo: la pasión política. Aquella inteligencia superior, dominada por el error de creer posible resucitar lo que murió hace muchos años, y aferrada á ideas antiguas hoy imposibles, soñaba con absurdas victorias y trascendentales cambios, para conseguir los cuales daba el dinero á manos llenas á los secuaces de D. Carlos, encargados de los trabajos de conspiración. Si los tales sujetos engordaban su propio bolsillo con el dinero recibido, no lo sabemos; lo cierto es que el conde vendió finca sobre finca con la esperanza del próximo triunfo, y quedó casi arruinado. Entonces buscó con afán el medio de reconquistar lo perdido, vió en la bolsa una jugada que calculó de seguros y favorables resultados, y jugó con empeño; pero este es un juego de azar como otro cualquiera, sus cálculos salieron fallidos y perdió cuanto le restaba.

Tan terrible golpe le anonadó hasta el punto de perder la razón y dos meses después la vida. No pudo resistir á la horrible idea de ver por él en la miseria á aquellos dos seres idolatrados que habían vivido siempre en la opulencia.

No ya en suntuoso palacio, sino en humilde sota-banco, alegre y limpio, pero pobre, volvemos á ver á Laura, acompañada de su madre, tristes y enlutadas ambas. Hacía seis meses que madre é hija vivían con el producto de los trabajos de esta última, la cual utilizaba dignamente los primores aprendidos por adorno.